

(Premisa)

Los tiempos que vivimos son, sin duda, los que la Santa Biblia denomina los «últimos tiempos», que preceden a la llegada de la ira de Dios sobre toda la tierra y al juicio universal.

Poco antes de la manifestación de los últimos azotes del cielo, veremos la gran tribulación profetizada por el Hijo de Dios, Jesús, que reconocemos en las desgracias del último siglo desde las dos guerras mundiales. La profecía sobre este difícil periodo se puede leer en el capítulo 24 del Evangelio de Mateo, parte del cual se encuentra en la página del menú «¡La Gran Tribulación!».

Las desgracias que estamos viviendo en este último siglo, como azotes de Dios, se confirman con las palabras «las últimas» de la siguiente visión del Apocalipsis, que nos dan a entender que antes de que se cumpla la ira de Dios habrá otros azotes debido a nuestra persistencia en hacer el mal, negándonos siempre a cumplir la voluntad de Dios. La visión es la siguiente:

(Vi en el cielo otro signo, grande y maravilloso: Siete Ángeles que llevaban siete plagas, las últimas, pues con ellas se consuma la ira de Dios). Apocalipsis 15,1

Un ejemplo sorprendente de azote actual de Dios es, sin duda, la guerra provocada por Rusia como consecuencia de nuestra desobediencia en el cumplimiento de los mandamientos de Dios.

La profecía de Dios nos llegó a través de Moisés y algunas palabras dejan claro que esta profecía comenzó su cumplimiento con las dos guerras mundiales hace aproximadamente un siglo.

La profecía se refiere a una nación que se eleva como el águila, con aspecto feroz, profetizando el despegue de aviones de guerra que no existían en la época de Moisés, y el aspecto feroz o amenazador de estos aviones de guerra, tanques, buques de guerra, enormes misiles, etc.

La profecía es la siguiente:

(Por no haber servido al Señor, tu Dios, con alegría y gratitud, en total abundancia, servirás a los enemigos que el Señor mandará contra ti, en hambre y sed, desnudez y escasez total y pondrá en tu cuello un yugo de hierro, hasta destruirte. El Señor alzarán contra ti una nación venida de lejos, desde el cabo de la tierra, que se lanzará como un águila, una nación cuya lengua no comprendes, una nación de semblante feroz, que no respetará al anciano ni se compadecerá del muchacho). Deuteronomio 28,47

---

El cumplimiento de esta profecía junto con las demás debe ser motivo válido para conducirnos hacia la conversión, como proceso de transformación del corazón y de la mente que lleva a la salvación eterna de nuestras almas, pasando de una condición de vida sumida en la maldad a una vida nueva vivida en el respeto del Señor nuestro Dios y de su voluntad.

Esta maldad nuestra no debe entenderse solo como actos de maldad o acoso al prójimo, porque para el Señor, nuestra maldad consiste ya en, por ejemplo, adorar a un ídolo en lugar de a Dios, con mucha armonía y alegría entre nosotros.

Esto se desprende de las siguientes palabras de Dios a través del profeta Jeremías:

(Entablaré pleito con ellas por todas sus maldades: porque me abandonaron, quemaron incienso a otros dioses y se postraron ante los ídolos que fabricaron sus manos). Jeremías 1,16

Este cambio de vida no es solo el paso de una religión a otra, pues un hombre puede no pertenecer al cristianismo y hacer la voluntad de Dios incluso mejor que quien ha sido bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como nos mandó el Señor. Es el esfuerzo constante por practicar la justicia de Dios, guardando los mandamientos de Dios Padre y de su Hijo Jesucristo, constituido por Dios en Señor para nosotros para separar a los hombres justos de los impíos, es decir, de los que no obedecen su voluntad, enemistándose con Dios para su desgracia.

En cuanto al señorío de Jesús, la importancia de la conversión al cristianismo y el bautizo en el nombre del Señor, conviene leer el siguiente testimonio evangélico:

(A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo. Pues David no subió al cielo, y, sin embargo, él mismo dice: Oráculo del Señor a mi Señor:

«Séntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies». Por lo tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?» Pedro les contestó: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo). Hechos de los Apóstoles 2,32

Pertenecer al cristianismo debería ser una realidad para todos los habitantes de la tierra, porque si creemos en la manifestación Divina del Hijo de Dios en la Tierra y en la verdad pura revelada por Él a través del Santo Evangelio, en lo referente al Reino de Dios, al poder de Satanás, etc., debería ser normal aceptar que pertenecemos al cristianismo, obedeciendo la voluntad de Dios a través de su Hijo Jesucristo, que nos dio después de su resurrección el siguiente mandato con el propósito de la salvación eterna del alma:

(Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado»). Marcos 16,14

Otro testimonio del Evangelio que confirma esta voluntad del Hijo de Dios es la siguiente:

(Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»). Mateo 28,16

Pertenecer, pues, al cristianismo con vistas a la salvación eterna del alma no debe ser meramente formal, sino que, como se desprende de las dos citas que acabamos de leer, hay que creer en Dios y hacer la voluntad de aquel por quien nos encontramos viviendo en este mundo, para bien o para mal, con la esperanza, o más bien la certeza, de poder vivir eternamente en una condición mucho mejor que la actual, después de habernos sometido a la soberanía de nuestro Dios Creador.

A lo largo de los tiempos, el Señor siempre nos ha llamado a la conversión a través de sus profetas, con la esperanza de dar la vida eterna a todos aquellos que reconocieran en su predicación la manifestación de la voluntad de Dios, para la salvación de los que creen en Él y las palabras proféticas de sus siervos, obedeciendo y sometiéndose a la voluntad de Dios.

Una cita de la santa Biblia de la época del Antiguo Testamento de la que se desprende que la salvación eterna del alma depende de la conversión es la siguiente:

(Porque así os decía el Señor, Dios, el Santo de Israel: «Vuestra salvación está en convertirlos y en tener calma, vuestra fuerza está en confiar y estar tranquilos»). Isaías 30,15

Una de las llamadas a la conversión de uno de los profetas del Señor se recoge en la siguiente cita del profeta Ezequiel, de unos seis siglos antes del nacimiento de Jesús:

(Pues bien, os juzgaré, a cada uno según su proceder, casa de Israel —oráculo del Señor Dios—. Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos, y no tropezaréis en vuestra culpa. Apartad de vosotros los delitos que habéis cometido, renovad vuestro corazón y vuestro Espíritu. ¿Por qué habríais de morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie —oráculo del Señor Dios—. Convertíos y viviréis»). Ezequiel 18,30

La anterior palabra de Dios nos muestra que si un hombre se compromete a transformar su corazón renovando también su Espíritu, no se enfrentará a la ruina, entendida como condena eterna del alma en el día del juicio. Porque las últimas palabras de Dios son (Convertíos y viviréis).

Otra llamada a la conversión la recibimos en tiempos de Jesús a través de su profeta Juan el Bautista, que no solo instaba al pueblo a convertirse mediante la predicación, sino que también practicaba un rito de purificación en el agua, como acción visible de exorcismo que pretendía ayudar a los pecadores a liberarse de la presencia del Espíritu maligno que vivía en ellos y les inducía a hacer el mal.

La cita de referencia del Santo Evangelio es la siguiente:

(Por aquellos días, Juan el Bautista se presenta en el desierto de Judea, predicando: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos». Este es el que anunció el profeta Isaías diciendo: «Voz del que grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”»). Mateo 3,1

La siguiente llamada a la conversión la recibimos directamente del Hijo de Dios, Jesús, que también hizo una declaración que ningún profeta había hecho nunca, diciendo (El tiempo se ha cumplido), como si el juicio de Dios fuera inminente o casi. La cita del Evangelio es la siguiente:

(Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio»). Marcos 1,14

El Señor exige un proceso de conversión perseverante en el tiempo, hasta el último día de nuestra existencia en la tierra, manifestando continuamente nuestro amor al prójimo y a nuestro Dios, guardando siempre sus mandamientos. Las palabras de Jesús recogidas en el Santo Evangelio son las siguientes:

(Aparecerán muchos falsos profetas y engañarán a mucha gente, y, al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría; pero el que persevere hasta el final se salvará). Mateo 24,13

Si Jesús exige nuestra perseverancia en hacer la voluntad de Dios, habiendo aceptado su doctrina, ¿cómo pueden salvarse quienes no la aceptan y la ponen en práctica?

Este proceso de conversión, como transformación de nuestro corazón y nuestro espíritu, consiste en pasar de la esclavitud del demonio que nos tiene cautivos, sin permitirnos hacer la voluntad de Dios, a la libertad de los hijos de Dios, como nos hizo entender Jesús con sus siguientes palabras:

(Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»). Juan 8,31

Para el Señor, conocer la verdad significa conocer a Dios y su voluntad, y si el Espíritu de la verdad que vive en Jesús y que es Dios mismo nos hace libres, convertirnos hará que nuestra libertad dure para siempre.

---

El Mensajero de Dios